

En esto se supo la noticia primero de la herida y luego de la muerte de Douay. A mediodía comenzó la retirada: muchos *turcos* habían agotado sus municiones y los que todavía tenían formaron la retaguardia, logrando aquellos valerosos soldados salvar el peligro más fácilmente de lo que podía esperarse, sea por cansancio del enemigo, sea por el terror que su bravura inspiraba. «Los prusianos, escribió posteriormente uno de los combatientes, no trataron de ganarnos en velocidad; parecían temerosos de una sorpresa y asombrados de la victoria. De cuando en cuando se paraban y nos hacían una descarga; luego continuaban su marcha (1).» En esta forma regresó a las colinas el valeroso regimiento, replegándose desde allí hacia Steinseltz.

Según el plan del general Abel Douay, los *turcos* y los defensores de Wissemburgo debían combinar su retirada y apoyarse mutuamente; pero una malhadada casualidad hizo que el comandante Liaud no recibiese a tiempo la orden que se le había enviado, y a consecuencia de ello las compañías del 74.º permanecieron escalonadas en las murallas defendiéndose lo mejor posible contra los bávaros, mientras la artillería lanzaba sus bombas sobre la ciudad. Al mediodía cedió algo el fuego, y poco después, desde las murallas de la plaza se vio como los *turcos* se replegaban, sin que se supiera si aquel movimiento significaba una estratagema ó una retirada. Hasta una hora después no recibió el comandante Liaud la orden de evacuación (2). ¿Podría aún retirarse? Trató de escapar por la puerta de Hagenau y luego por la de Landau, pero ambas estaban vigiladas, aquella por los bávaros, ésta por los prusianos; entonces, viendo que la huida era imposible, resolvió prolongar la resistencia, recomendando a sus soldados que economizaran los cartuchos y que no dispararan sino cuando el enemigo se dejase ver al borde del foso. Los incendios se propagaban; los habitantes suplicaban que se evitaran mayores daños a la ciudad, y algunos de ellos, alemanes de origen, según se dijo, hasta lograron bajar el tablero de uno de los puentes, penetrando por allí los bávaros que, sin embargo, fueron rechazados, subiéndose nuevamente el puente levadizo. Entretanto, el enemigo lograba forzar la entrada por otro punto de la muralla, empujándose entonces la lucha en el interior de la ciudad. Herido el comandante Liaud, asaltada la alcaldía, ocupada la plaza del mercado y registradas las calles, la guarnición, después de haberse resistido hasta el último extremo, resolvió rendirse.

La lucha había cesado en la ciudad y en el valle del Lauter, pero seguía en las alturas.

Desde las diez de la mañana, los cañones enemigos habían comenzado a batir la meseta, y a eso del mediodía habíanse iniciado dos ataques: al Este, el del XI.º cuerpo, que había ocupado la granja Gutleithof; al Norte, el del V.º cuerpo, cuyas primeras columnas, procedentes de Altenstadt, comenzaban a escalar las vertientes del Geisberg. Pocos momentos después llegaba el general Pellé, a quien, por muerte de Douay, correspondía el mando. La situación era crítica: nuestra artillería no podía sostenerse contra las baterías prusianas; la naturaleza del terreno hacía difícil la acción de la

caballería; y por todos lados, al pie y en los flancos de las colinas, aparecían batallones alemanes. El general Pellé, según se afirma, obstinóse por un instante en esperar el socorro de la división Ducrot (3); pero muy pronto resignóse ante la triste realidad, y así como había confirmado la orden de retirada para el 1.º de tiradores, la dió también para la brigada Montmarie.

Dada la inmensa masa de las tropas alemanas, la dificultad para los nuestros estaba en retirarse sin ser exterminados. La brigada Montmarie estaba reducida a cuatro batallones, el 1.º y el 3.º del 74.º, y el 1.º y el 3.º del 50.º. El 3.º del 50.º logra substraerse al peligro y en una actitud marcial que intimida al enemigo ocupa al Sudoeste una vasta granja rodeada de árboles, conocida con el nombre de granja de Schafbusch; el 3.º del 74.º sigue las huellas del 50.º, bajo un fuego de artillería muy mortífero; y cuando los otros dos batallones se disponen a seguir el mismo camino, un empuje más vigoroso de las fuerzas alemanas lleva al Geisberg seis batallones del V.º cuerpo y una de las brigadas del XI.º. Los franceses se ven atacados de frente, de flanco y casi por la retaguardia: algunos logran todavía romper el cerco; otros se defienden mucho tiempo, gracias a los plantíos de lúpulo que cubren la vertiente de la colina; pero al fin se ven obligados a ceder. Detrás de ellos, en las laderas superiores de la meseta, alzabase un castillo que en el país se conocía con el nombre de castillo del Geisberg; era un edificio grande, rodeado de sólidas murallas y protegido al Este por una terraza a pico que dominaba toda la llanura, y en él se atrincheraron los nuestros como en un último refugio.

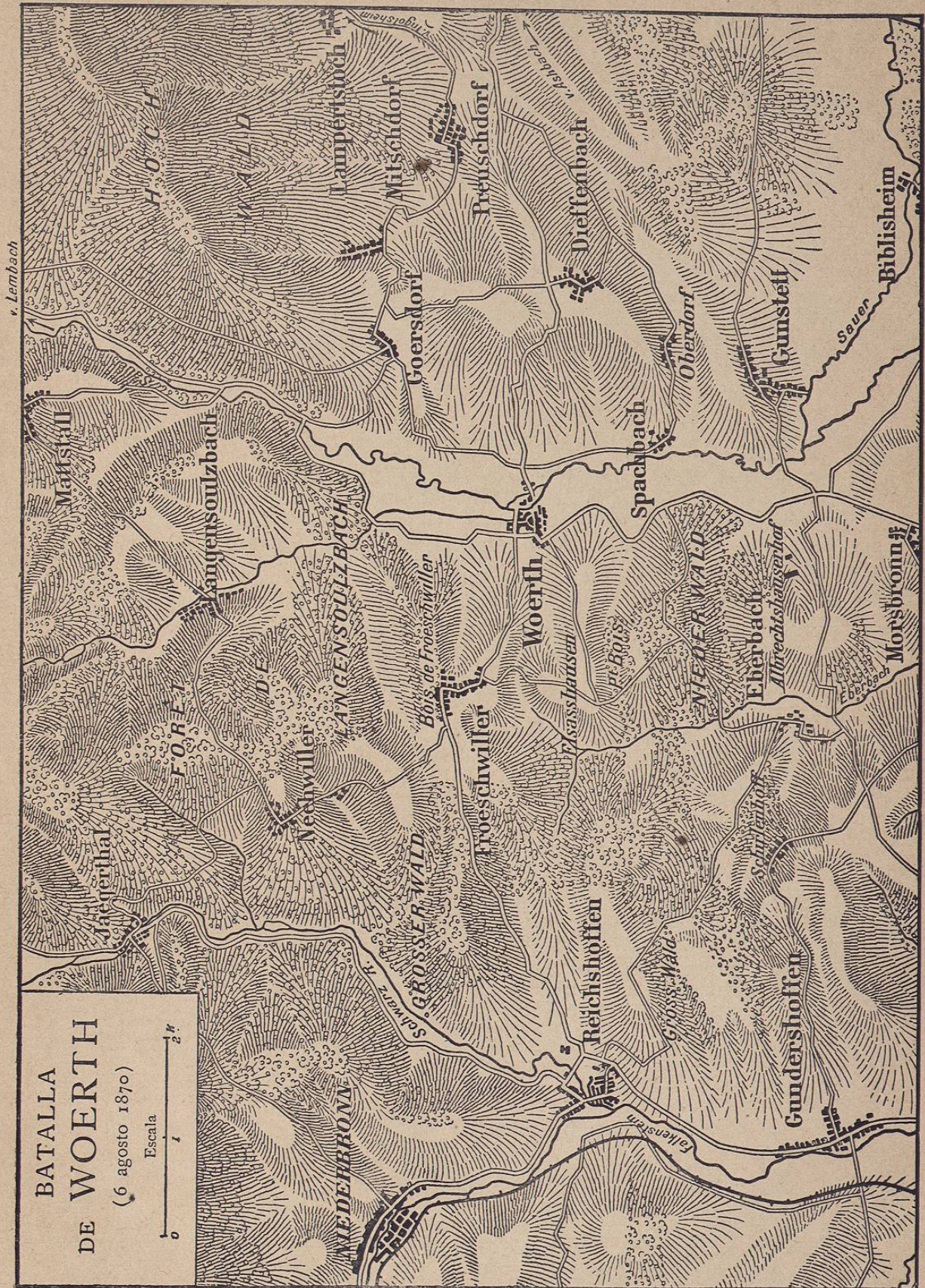
Allí se desarrolló el último episodio, lamentable y glorioso, que consumó la derrota y acabó de ilustrar aquella derrota misma.

En cuanto los prusianos se aproximan a las murallas, son recibidos por un fuego terrible que sale de todas las ventanas, desde la planta baja hasta el piso más alto; y aunque nuestros adversarios se emboscan en las plantaciones y aprovechan los más insignificantes pliegues del terreno, sus esfuerzos son inútiles, quedando sobre el campo de batalla sus mejores oficiales y sus soldados más resueltos. Animados por este ligero éxito, los defensores del castillo advierten que hacia el Sudoeste, por la parte de los *Tres Alamos*, el camino está momentáneamente libre, y entonces, agrupándose alrededor del comandante Cecile, realizan una salida desesperada con intento de reunirse al resto de la brigada en la dirección del Schafbusch. Pero allí les abandona la fortuna: apenas han pasado las puertas, silba en torno suyo una lluvia de balas; el comandante Cecile cae y se le cree mortalmente herido; y a su lado sucumben cinco oficiales. Los sobrevivientes vuelven al castillo y en el mismo momento suenan trompetas por la parte del Schafbusch: es uno de los batallones franceses que ha interrumpido su retirada para acudir en socorro de sus compañeros que en tan grave apuro se encuentran; pero inmediatamente es atacado por fuerzas diez veces superiores y á duras penas logra escapar. Los soldados del castillo, renunciando á una salida imposible, se instalan en él, se fortifican y se lisonjean de ser allí invulnerables mientras les duren las

(1) *Historique du premier tirailleurs*, pág. 170.

(2) Notas del comandante Liaud dirigidas al coronel Robert, ex jefe de Estado mayor de la 2.ª división.

(3) *Notas del general Pedoya*.



municiones; y subiendo hasta la cubierta del edificio, levantan las tejas y de cada agujero hacen una aspillería. Los granaderos del rey y los soldados del 87.º intentan en vano un asalto, y si bien algunos consiguen llegar hasta una de las puertas, una vez allí no pueden avanzar ni retroceder y se ven obligados á buscar al pie de las murallas un abrigo en el que permanecen agazapados. El general de Kirchbach, comandante del V.º cuerpo, es herido, y á su lado caen muchos oficiales. Sólo la artillería podrá vencer la resistencia; así es que á costa de grandes esfuerzos se lleva á la meseta una batería y luego otra y poco después dos más, cuyos proyectiles penetran en todos los pisos del castillo. Únicamente entonces los sobrevivientes del 74.º y del 50.º, cercados y sin esperanzas de ser socorridos, se deciden á capitular. Resistencia heroica y tanto como heroica eficaz, puesto que, entreteniéndolo al enemigo en la colina, permite al resto de la división continuar su movimiento retrógrado. Los tiradores argelinos, la caballería, la artillería y algunos destacamentos aislados se retiran en dirección á Lembach; en cuanto al grueso de la brigada Montmarie, después de un último combate cerca de la granja del Schafbusc, se retira por el lado de Haguenau.

Cruzábanse los últimos tiros entre los prusianos y nuestra retaguardia cuando llegó á la meseta el príncipe real, á quien recibieron los soldados con grandes aclamaciones. Por la parte del Lauter seguían llegando nuevas columnas: era la gran invasión que penetraba en Alsacia. Sin embargo, no hubo persecución á raíz de la batalla, porque una parte de la caballería se había quedado muy atrás y porque además nuestros adversarios no estaban aún envalentonados por la victoria. Las pérdidas del enemigo se elevaban á más de 1.500 hombres entre muertos y heridos; las nuestras consistieron en 1.170 hombres sin contar 700 ú 800 prisioneros hechos en Wissemburgo y en el castillo del Geisberg.

Este combate, el primero de la campaña (pues no cabe dar tal nombre á la escaramuza de Sarrebruck), ofrecía en pequeña escala la imagen fiel de lo que había de ser la guerra. Nos habían sorprendido en medio de la seguridad de nuestros vivaques, y lo mismo había de suceder en los ulteriores encuentros; nuestra caballería nada había explorado y nuestra artillería había sido anonadada por la artillería enemiga, y estas deficiencias habían de reproducirse en las próximas batallas. Se había patentizado nuestra inferioridad numérica, y ¡cuántas veces había de patentizarse en lo sucesivo! Los prusianos, al ver confirmado el convencimiento de sus ventajas, pudieron desde el primer momento calcular también lo que les costarían sus victorias. La falta de previsión inicial y de ciencia militar por nuestra parte había de compensarse durante el curso de la guerra por la heroica intensidad de los esfuerzos individuales; pero nunca estos esfuerzos se manifestarán tan sublimes como en aquella jornada del 4 de agosto, en la que una sola división había luchado por espacio de siete horas, sin desfallecimientos y sin miedo contra un enemigo que, recibiendo continuos refuerzos, acabó por hacer entrar en acción á más de 30.000 hombres. El mismo príncipe real, en medio de la satisfacción del triunfo, expresó repetidas veces su admiración por el

valor francés; quiso visitar personalmente el sitio en donde descansaban los restos mortales de Douay, é inclinándose piadosamente ante el valeroso caudillo, honró en él á toda la división.

## X

A las nueve de la mañana, un telegrama del jefe de la estación de Wissemburgo había notificado el ataque á Mac-Mahón, el cual inmediatamente salió de Estrasburgo. En Sultz recibió dos nuevos despachos, el primero comunicándole que Douay tenía que habérselas con fuerzas muy superiores y que la vía estaba cortada, y el segundo, que no era aún exacto en el momento de ser transmitido, anunciándole la toma de Wissemburgo. El comandante del 1.º cuerpo dejó el ferrocarril y montando á caballo partió precipitadamente para Lembach, en donde creía encontrar al general Ducrot. Este, separado del lugar de la acción por algunas alturas cubiertas de bosques, al principio no había oído el cañoneo, y al tener noticia del combate habíase dirigido á Climbach, en donde se le reunió el mariscal, subiendo ambos á la garganta del Palomar. Desde allí pudieron contemplar todo el campo de batalla; pero ya entonces se había consumado la derrota y la extraordinaria afluencia de tropas enemigas había hecho inútil toda intervención. Mac-Mahón bajó la montaña, y desandando su camino, llegó á Reichshoffen, en donde se instaló aquella noche en el castillo del conde de Leusse.

Todo anunciaba que el combate del 4 de agosto era el preludio de una acción general. Al Este de Reichshoffen se extendía la posición de Froeschwiller, detenidamente explorada en 1867 por Frossard, quien la había calificado de excelente para librar en ella una batalla defensiva: allí se propuso Mac-Mahón concentrar sus divisiones y todos los destacamentos dispersos en el llano del Rhin.

El mariscal, acompañado de los generales Colson y Faure, pasó una parte de la noche estudiando los mapas, y de cuando en cuando interrogaba á su huésped que por su conocimiento del país era un excelente informador. El día 5, á las cuatro de la madrugada, hízose acompañar por el general Ducrot y por el conde de Leusse, y en una carrera al galope llegó á la aldea de Froeschwiller.

Estos sitios merecen ser descritos porque en ellos habían de decidirse al día siguiente la suerte de Alsacia y la de la misma Francia.

Entre los ríos (1) que nacen en la prolongación de los Bajos Vosgos y riegan la llanura de Alsacia, se encuentra el Sauer que descendiendo de Fischbach á Lembach, corre de Norte á Sur, pasa por Wörth, y torciendo al Este, sigue el lindero del bosque de Haguenau y desemboca en el Rhin. Hacia la mitad del curso de este río, es decir, en las inmediaciones de Wörth, habíase fijado en 1867 la atención de Frossard y fijábanse en 1870 las miradas de Mac-Mahón: en aquel punto, el Sauer, bastante crecido después de las lluvias, pero vadeable en muchos sitios, se desliza por entre praderas despejadas y en un valle de ocho á novecien-

(1) Véase el mapa adjunto.